

FRANCISCO RICO
(Barcelona, 1942-Sant Cugat, 2024)

La obra de Francisco Rico está a la altura de las de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, pero con mucha más soltura filológica y cintura historiográfica, porque, además de su condición de polígrafo como aquel e historiador de la literatura como este, cultivó otros terrenos con no menor brillantez, como demuestran las dos mil páginas sobre el Petrarca latino, los varios cientos sobre teoría de la novela moderna, el análisis profundo del humanismo latino y sus derivaciones, diversos estudios pioneros de ecdótica y edición de los textos impresos, las agudas reflexiones documentadas sobre la vinculación panrománica de las letras españolas desde los orígenes, y otros tantos análisis comparatistas entre literatura y arte, así como eruditas monografías de historia de las ideas y ensayos sobre teoría de la literatura; además de la dirección de las mejores colecciones de clásicos, como la magna del *Quijote*. Su figura, por otra parte, alcanza una dimensión simbólica por su nivel de exigencia, la altura académica de sus estudios y su compromiso con el oficio (también en el sentido latino) de filólogo, que permiten el rescate, la divulgación y proyección internacional de nuestra literatura. Con él se va un referente, que sirvió de estímulo y pauta a tantas promociones universitarias, a tantas vocaciones, porque fue uno de los últimos grandes maestros de todos los filólogos de los últimos cincuenta años y figura relevante de las humanidades, tanto en el ámbito español como en el internacional. De la impecable combinación de rigor y primor que recorre toda su obra es buena muestra la *Primera cuarentena* (1982), constituida por cuarenta *sylvae* o pequeños ensayos —al modo de Poliziano— sobre erudición, muy diversos (desde las *Glosas emilianenses* a Jaime Gil de Biedma) y escritos con erudición, agudeza e ingenio. Distantes del tópico y de la convención crítica, son breves exquisiteces filológicas de todas las épocas que ilustran el fundamento de su *Tratado general de la literatura* con que cierra el libro: «la literatura es un ir y venir entre la memoria y la historia», porque «el buen poema alcanza el propósito que lo define, engendra y articula: pervivir en la memoria, extenderse en el tiempo».

En el siglo fue catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales de la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1972, filólogo e historiador de la literatura —y siempre, también, excelente escritor—; ejerció en todas esas facetas con un grado de acierto y originalidad que lo convirtieron en modelo para los estudiosos de todas las disciplinas humanísticas. Trabajó especialmente sobre la literatura latina y romance de la Edad Media, el humanismo renacentista, los albores de la novela, el teatro y la poesía del Siglo de Oro, y la historia de las ideas; pero sus tres grandes centros de atención y donde más fructífera ha sido su labor fueron la obra latina de Petrarca, los orígenes de la novela moderna con el *Lazarillo*, el *Quijote* y la ecdótica y filología material. Pero también estudió el *Cantar de mio Cid*, la primera lírica, el mester de clerecía, Alfonso el Sabio, el *Libro de buen amor*, Jorge Manrique, Nebrija y el humanismo hispánico, *El caballero de Olmedo*, *El desdén, con el desdén*, el *Guzmán de Alfarache*, o las *Novelas a Marcia Leonarda*, de Lope de Vega. Su rica y variada labor intelectual, por otra parte, incluye desde trabajos estrictamente textuales y filológicos hasta estudios filosóficos e históricos, y con igual afán, preparación y originalidad se enfrentó a obras latinas y neolatinas, españolas, italianas, francesas o catalanas.

Sintetizó lo mejor de sus maestros directos: la erudición y el rigor de José Manuel Blecua, el documentado entusiasmo y la amplitud de miras de Martín de Riquer; la sabiduría de Eugenio Asensio o la información enciclopédica de don Antonio Rodríguez-Moñino; la perspicacia de Fernando Lázaro o el buen gusto de Dámaso Alonso y José María Valverde, así como la erudición de Rafael Lapesa. De los maestros lejanos, ha sabido defender y recoger el legado historicista y positivista de Ramón Menéndez Pidal, o amasar una información equiparable a la de Ernst Robert Curtius o Leo Spitzer. Por eso también sus contribuciones a la historia de la literatura son de primer orden, ya sea desde la ladera culta, al indagar los albores latinos de nuestra literatura (*Las le-*

tras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla (1969); ya desde la transmisión oral («Çorraquín Sancho, Roldán y Oliveros: un cantar paralelístico del siglo XII» (1975); ya combinando ambas tradiciones, al estudiar e interpretar la épica española en la cultura latina («Del *Cantar del Cid* a la *Eneida*: tradiciones épicas en torno al *Poema de Almería*» (1986)). Con el mismo rigor estudia los orígenes de la literatura romance (recogido ahora en *El primer siglo de la literatura española*, 2022), la prosa histórica alfonsí (*Alfonso el Sabio y la «General estoria»* (1972, 1984), o las técnicas y objetivos del *ars praedicandi* (*Predicación y literatura en la España medieval* (1977)); ora en el ámbito estrictamente hispánico, ora fuera de sus límites: *On Source, Meaning and Form in Walter of Châtillon's «Versa est in luctum»* (1977), un prólogo a los *Carmina Burana* (1978, reeditado y ampliado en 1981 y 2018). En *Estudios de literatura y otras cosas* (2002) reunió unos cuantos estudios fundacionales.

Ese dominio de la literatura, la historia, la filosofía y la cultura en varios idiomas lo llevó, eventualmente, a cultivar una suerte de comparatismo enriquecido por su enorme documentación, original y eventualmente al margen de las escuelas al uso, porque desde muy pronto supo darse cuenta de que la literatura comparada es historia de la literatura y, conocedor de la mejor bibliografía desde siempre, supo aplicar los mejores logros de la crítica a la historia literaria. Dicha independencia de criterios le permitió, por añadidura, redactar interpretaciones perspicaces y sugestivas de obras de arte de todas las épocas, como la titulada *Signos e indicios en la portada de Ripoll* (1976), o las incluidas en su brillante *Figuras con paisaje* (1994). Se caracterizó por una capacidad poco común para apreciar la continuación y coincidencia de tradiciones culturales; para el hallazgo de ecos y antecedentes, enmarcados críticamente; para trazar la historia de una cultura sustancialmente unitaria, pero cronológica, lingüística y espacialmente articulada, como muestra el magistral estudio sobre la pervivencia de la comedia elegiaca medieval en las letras romances: «Sobre el origen de la autobiografía en el *Libro de buen amor*» (1967); completados con ensayos en que reconstruye críticamente un período o escuela, como en el fundamental «La clerecía del mester» (1985); o el que lleva por lema otra frase del Arcipreste («“Por aver mantenencia”. El aristotelismo heterodoxo en el *Libro de buen amor*» (1986), en el que documenta e interpreta las dependencias filosóficas del Arcipreste. También para el siglo XIV, en el estudio del *Prólogo general* con que don Juan Manuel encabezó sus obras, ilumina la intención y los principios culturales del infante de Castilla. Por otra parte, estas piezas breves, estos estudios compendiosos son muestras de cómo perfeccionó el artículo académico, dotándolo de un rigor inédito y una primorosa redacción. Tampoco la minusvaloró en sus piezas mayores, porque cuidaba el lenguaje como lo que era: uno de los mejores escritores en español del último medio siglo, que manejaba la prosa con gracia y maestría, aguda e ingeniosamente, captando desde el íncipit la atención del lector, deslumbrado por la brillantez de la redacción, oportunidad de las citas e impecables argumentaciones. No fue menor su aportación al campo de la historia de las ideas, especialmente centrada en la eclosión del humanismo, de raíz italiana, en España y en Europa, desde el siglo XV al XVIII, con incursiones en los siguientes e incluso en el XXI.

Latinista e italianista, sus deslumbrantes estudios del humanismo italiano en latín y en romance se pueden comparar con los de su maestro transalpino Giuseppe Billanovich. Entendió como nadie al Petrarca latino: lo demuestra su ejemplar *Vida u obra de Petrarca, I: Lectura del «Secretum»* (1974), un *opus immensum*, su mejor estudio: allí (y en unos cuantos trabajos posteriores) descifraba, explicaba y documentaba todas las ideas, conceptos, motivos que pueblan la obra o la imaginación del primer humanista. Al poco empezó a publicar la traducción de sus *Obras, I: Prosa* (1978). En esa misma línea, deben destacarse también excelentes monografías como «*Ubi puer, ibi senex*: un libro de Hans Baron y el *Secretum* de 1353» (1993), «Il Petrarca e le lettere cristiane» (1997) o «*Secretum meum*» (1999). Igual entidad demuestran los estudios del *Canzoniere* y de la obra vulgar del aretino, como «*Rime sparse, Rerum vulgarium fragmenta*. Para el título y el primer soneto del

Canzoniere», «Laura e altre amicizie (*Carmina dispersa* di Petrarca)» (2007), la edición de los *Gabbiani* (2008), los *Ritratti allo specchio* (Boccaccio, Petrarca) (2012), *Il romanzo ovvero le cose della vita* (2012), el delicioso *I venerdì di Petrarca* (2016) o el muy reciente *Petrarca* (2024).

Estos estudios le permitieron, a su vez, ilustrar e interpretar a nuestros clásicos: «*Aristoteles Hispanus*: en torno a Gil de Zamora, Petrarca y Juan de Mena» (1967), «De Garcilaso y otros petrarquismos» (1978); o el magistral «El destierro del verso agudo» (1983), donde prueba que la decisión garcilasiana de renunciar al endecasílabo agudo no significaba únicamente romper con la tradición castellana, sino también afirmarse frente a la italiana creando un «nuevo estilo» nacional. Una pieza maestra, en la que convergen todos estos enfoques del humanismo, especialmente el lingüístico, y que da cuenta de la capacidad para concertar fuentes, estilos y puntos de vista es el prólogo (2000) a la edición de *La Celestina* (en homenaje a otra maestra: M^a Rosa Lida), que tituló «La realidad y el estilo (el Humanismo de *La Celestina*)», al señalar allí cómo «la tensión latinizante» humanística «tenía también que ceder con frecuencia a favor de una “lengua común vulgar castellana”», sin renunciar a la *consuetudo loquendi* de Valla ni a la elección de modelos. El resultado fue aquel estilo mixto, que se acercó a la lengua de la alta cultura, pero sin desvirtuar su origen, porque, como allí demuestra e ilustra, en la obra de Rojas convergen las mejores tradiciones y de ella arrancan otras tantas. Complétese con el agudo «Tradicición y contexto en la poesía de fray Luis» (1981). Asimismo ha sabido hallar las huellas del poeta en las letras catalanas, como muestran títulos como «Petrarca y el “humanismo catalán”» (1983) o «Antoni Canals y Petrarca. Para la fecha y las fuentes de *Scipió e Anibal*» (1984).

No fue menor su aportación al campo de la historia de las ideas, especialmente centrada en la eclosión del humanismo en España, ya sea el humanismo académico o universitario (*Nebrija frente a los bárbaros* (1978); «*Laudes litterarum*. Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento» (1978); «Nebrija, Arias Barbosa et l’Humanisme de leur temps» (1984); ya el que trascendió las paredes del aula y que impregnó las principales empresas intelectuales de la Europa del XIV al XVI, en «El cielo de un humanista: la bóveda de Fernando Gallego en la Universidad de Salamanca» (1997), «Humanismo: palabras e ideas» (2009), o *El sueño del humanismo* (*De Petrarca a Erasmo*) (1993 y 2002), libro traducido al francés, al italiano y al japonés. No solo le interesó el plano estrictamente literario, sino las consecuencias morales, científicas o políticas que tuvieron los *studia humanitatis* en todos los terrenos del saber y del obrar; baste ver «El nuevo mundo de Nebrija y Colón» (1984) o «De Nebrija a la Academia» (1986) o su edición de la *Gramática sobre la lengua castellana* (2011). En este terreno hay que destacar su celeberrimo *El pequeño mundo del hombre* (1970 y 1986, traducido al italiano en 1996), donde desentrañó, documentó e ilustró, a través de los siglos y las culturas, el universal tópico del hombre como microcosmos, central y omnipresente en nuestras letras.

Sus innovadores estudios sobre la constitución de la picaresca como género y como origen de la novela moderna, *La novela picaresca y el punto de vista* (1970-1989⁴), *Problemas del «Lazarillo»* (1988), entre otros, resultan fundamentales. En el primero da la clave de la constitución de un género creado entre el *Lazarillo* y el *Guzmán*: cómo el anónimo autor tuvo la valentía y la ocurrencia de convertir un relato autobiográfico en explicación de sí mismo, sometiendo todos los componentes novelescos al punto de vista; cómo se sirve Alemán del esquema para sus fines y un largo etcétera de aportaciones originales, que han sido punto de partida para otros estudios y, según la crítica, para varias novelas relevantes del último tercio del siglo XX.

En la edición e interpretación de los textos, acompañadas de la crítica textual o ecdótica, la labor y la metodología de Francisco Rico no fue menos encomiable, como evidencia el misceláneo *Textos y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV* (1990) y, por supuesto, la monumental y definitiva edición del *Quijote* (1998, 2005 y 2015), complementada por *Figuras del «Quijote»* (2004), en colaboración con Manolo Valdés, *Quijotismos* (2005), o los agudos *Tiempos*

del «*Quijote*» (2012) y *Anales cervantinos* (2017). Todas estas ediciones, que están debidamente anotadas (de acuerdo con sus pulcras *Normas para los colaboradores de Biblioteca Clásica*, 1993), con que quiso devolver a los clásicos la dignidad ecdótica que merecen, sin convertirlos en estomagante lectura, porque permiten la doble lectura: la del público lector culto y la del erudito, porque, además de la explicación o aclaración léxica a pie de página, constan de una exhaustiva sección de notas complementarias, donde se cita la bibliografía pertinente para el estudioso, y se contextualizan cultural e históricamente todos los pasajes anotados en el texto. El propósito fue conciliar la erudición necesaria, la utilidad y la amenidad, de la que son buenos dechados los prólogos a algunos textos clásicos recopilados en la *Breve biblioteca de autores españoles* (1990): otros tantos inteligentes comentarios a una docena de obras clásicas en español, rematado con otro «Tratado general de literatura», más extenso que las cuatro páginas con que cerraba la citada *Primera cuarentena*.

Desde mediados de los años noventa promovió y sistematizó en España los estudios sobre bibliografía material e historia del libro, desconocidos hasta entonces salvo por contadas excepciones, como las de algunos trabajos de Jaime Moll. Esas disciplinas, de amplio calado en otras tradiciones, como la italiana o, sobre todo, la anglosajona, se han revelado como unas herramientas de gran ayuda para el editor de textos modernos. Así deben entenderse títulos como *Visita de imprentas*, discurso con motivo del Doctorado *honoris causa* de la Universidad de Valladolid (1996), «*Don Quijote*, Madrid, 1604, en prensa» (1999); el ya clásico *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro* (2000), *En torno al error. Copistas, tipógrafos, filologías* (2004); y *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro* (2005), libro que pone de manifiesto el día a día de la confección material de las primeras ediciones de esa obra y donde recoge, analiza, documenta e ilustra los principales estudios de ecdótica, filología material, transmisión y edición de textos impresos. En esa misma línea debe entenderse la revista que él fundó en 2004, *Ecdótica*, y que dirigió desde entonces en colaboración de Gian Mario Anselmi y Emilio Pasquini, que cuenta entre sus asesores a estudiosos de la talla de Umberto Eco o Roger Chartier, y pretende ser un foro de discusión sobre los medios y los fines de la edición de textos.

Francisco Rico también llevó a cabo una profunda reflexión sobre la transferencia de la investigación en las ediciones de clásicos y, en los últimos años, también de los cambios que suponen las nuevas tecnologías para esos mismos textos: «Scholarly Editions and the Real Reader» (2006), «Fragmentos y vínculos» o «Texto y textos en tiempos de crisis» (2011). Fruto de todos esos planteamientos nació y continúa hoy la que es tenida por la mejor colección de clásicos en lengua española: la Biblioteca Clásica, que desde 1993 ha editado con todas las garantías académicas los textos básicos de la literatura española y que intenta que la alta erudición sea asequible a los no iniciados; desde hace unos años la edita la Real Academia Española bajo el nombre de Biblioteca Clásica de la Real Academia Española (BCRAE). Sin descuidar el obligado rigor, dicha colección es un ejemplo de en qué consiste la difusión de la cultura sin rebajar un ápice la calidad de los textos, o sea, cómo transferir los resultados de la investigación especializada y hacerla accesible y provechosa al gran público, en forma de primorosas ediciones de clásicos españoles de todas las épocas, donde combina la impecable metodología filológica, la erudición (o sea, la explicación documentada de los contextos ideológicos, literarios y culturales), la explicación de los *realia* y la relación con el contexto ideológico y cultural. Se trata del titánico esfuerzo de intentar que los resultados de la investigación especializada se transfirieran con rigor filológico. A tal efecto creó el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles (CECE). Previamente, había coordinado otras tantas colecciones de clásicos (Textos Hispánicos Modernos, Letras Hispánicas, Biblioteca de Plata de los Clásicos Españoles, la Caja negra o Clásicos universales), o de estudios y ensayos, como Letras e Ideas, Filología, Clásicos y Modernos. Tres generaciones de universitarios y bachilleres, en fin, han aprendido a gustar clásicos y modernos a través de los dieciocho volúmenes de

su *Historia y crítica de la literatura española*, y todo tipo de lectores ha gozado de sus *Mil años de poesía española* y *Mil años de poesía europea* (2009), *Poesía de España. Los mejores versos* (1996); *La poesía española. Antología comentada* (1991 y 1996); *Todos los cuentos. Antología universal del relato breve* (2002), o *Los discursos del gusto. Notas sobre clásicos y contemporáneos* (2003), donde además incluye algunas ingeniosas décimas (que antes había publicado en *Algo de fiebre*) dedicadas a Jaime Siles, Octavio Paz, Juan Manuel Rozas, Julio Caro Baroja, José María Valverde, Camilo José Cela, Ángel González y Jorge Guillén.

Recibió muchos y merecidos honores, que ilustran el prestigio y la presencia activa del profesor Francisco Rico en el ámbito nacional e internacional: además de miembro de número de la Real Academia Española (1987), fue corresponding fellow de la British Academy (1992), socio straniero de la Accademia dei Lincei (2000), miembro correspondiente de la Académia das Ciências de Lisboa (2000), socio corrispondente straniero de la Accademia della Crusca (2003), miembro de la Commissione per i Testi di Lingua (2006), miembro correspondiente de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres (2006) y commandeur dans l'Ordre des Palmes Académiques de France (2009). Fue investido *doctor honoris causa* por las universidades Federico II de Nápoles (1992), Burdeos (1994), Valladolid (1996) y Bolonia (2016). Recibió el Premio Internacional Menéndez Pelayo (1998), el Premio Provincia de Valladolid (1998), la Distinció de la Generalitat de Catalunya (2001), el Premio Nacional de Investigación Menéndez Pidal en Humanidades (2005) y el Premio internacional de ensayo Caballero Bonald (2013). En Italia, los premios Natalino Sapegno de Storia Letteraria (2006) y Francesco De Sanctis al mejor libro de filología publicado en Italia (2017); en México, el premio internacional Alfonso Reyes (2013), que otorga el prestigioso Colegio de México.

Ha sido miembro fundador, secretario general (1991-2004), y director (2004-) del CECE, Presidente de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, desde su fundación en 1985 hasta 1999; Honorary Senior Research Fellow, Institute of Romance Studies, University of London; Honorary Fellow de la Society of Spanish Studies; Socio de honor de la Sociedad de Estudios Medievales y del Renacimiento (2006); y socio ordinario de la Società Filologica Romana (2001). También participó, como consejero, del Ente Nazionale Francesco Petrarca; miembro del Comitato Scientifico del Centro di Studi sul Classicismo de San Gimignano; vocal de la Fundación Duques de Soria; miembro del Comitato Scientifico del proyecto «Itálica», RAI International; consejero del Centro de Investigación Iberoamericana del Instituto de Romanística de la Universidad de Leipzig; consejero del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura; miembro del Comitato Nazionale per le Celebrazioni del VI Centenario della morte di Coluccio Salutati (2006); miembro del Comitato Nazionale per le Celebrazioni del VI Centenario della nascita di Lorenzo Valla (2006). También ostentó, en fin (desde 1999), el rimbombante título de duque de Parezzo del reino de Redonda, cuyo trono dejó vacante su amigo Javier Marías en 2022.

Como recuerda en uno de sus últimos títulos, *Una larga lealtad* (2022), siempre reconoció y alabó a sus maestros, amigos y colegas; siempre atendió a cualquier llamada de sus alumnos; siempre nos acompañó. La inteligencia, cariño y generosidad intelectual del profesor Rico dejan una huella imborrable en todos nosotros, porque, además, supo transmitir la pasión por el estudio, con el rigor y el primor con que siempre ha trabajado y nos ha imbuido a sus alumnos, ahora desnortados, porque se ha ido el mejor de todos nosotros. Queremos recordarlo, sin embargo, haciendo suyas las palabras con que Cervantes remata, con gesto risueño, su despedida en el prólogo del *Persiles*: «adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida».

Guillermo SERÉS
Universidad Autónoma de Barcelona